

La entrada al Teatro se efectuará por medio de billetes, que servirán para ambos actos. El despacho se abrirá hoy domingo á las ocho de la mañana, á los precios siguientes:

Butaca con entrada (Jarlekua) 6 reales.—Palcos principales y de platea (Goiko eta beeko gelachoak), á razon de 6 reales por asiento.—Proscenios segundos (Bigarren bizitzako iruditegui ondoko gelachoak), á razon de 5 reales por asiento.—Delanteras de anfiteatro (Bollesia-aurrac) 4 reales.—Delantera de Galeria (Gambara edo Galerako aurrac) 3 reales.—Entrada general (Sarbidia) 2 reales

31 DE AGOSTO.

Manifiesto que el Ayuntamiento constitucional, Cabildo eclesiástico, ilustre Consulado y vecinos de la ciudad de San Sebastian presentan á la Nacion, sobre la conducta de las tropas Británicas y Portuguesas en dicha plaza el 31 de Agosto de 1813 y dias sucesivos.

(CONCLUSION.)

Mas no es todo. No solo se han perdido todas las existencias, sino que padecerán aun los tristes residuos de las fortunas de los comerciantes y propietarios con la quema de sus papeles y documentos; todos los Registros públicos, Escrituras y documentos que encerraban las diez Numerias de la Ciudad, los que se custodiaban en su antiguo y precioso archivo, y el del Ilustre Consulado; cuantos contenian los de los particulares, los libros y papeles de los comerciantes, los libros parroquiales, lo de todos se ha reducido á ceniza, y ¿quién puede calcular las consecuencias funestas que puede producir una pérdida semejante? La posteridad tendrá que llorar catástrofe tan espantosa y sin ejemplo que ahora reduce casi á la insensatez á sus desgraciadas victimas. ¡Victimas inocentes, dignas de suerte me-

nos lastimosa! ¡Victimas antes de la tiranía francesa y ahora de una barbarie y una rapacidad sin par! ¡Rapacidad que no contenta con la expoliacion total que se ha indicado, revolvía los escombros, todavia calientes, para ver si algo encontraba entre ellos! ¡Rapacidad que no ha perdonado á efectos desenterrados, y que a los 24 dias despues del asalto se ejercia en materias poco apreciables!

Infelicitísima Ciudad, lustre y honor de la Guipúzcoa, madre fecunda de hijos esclarecidos en las armas y en las letras, que has producido tantos defensores, que has hecho tantos servicios á la patria, ¿podías esperar tan cruel y espantosa destruccion en el momento mismo en que creiste ver asegurada tu dicha y prosperidad? ¿en este instante que con increíble constancia y con extraordinaria fidelidad lo miraste siempre como término de sus males, y de cuya llegada nunca dudaste apesar de tu situacion geográfica y apesar tambien de todas las tramas de nuestros implacables enemigos? ¿Tu que diste muestras públicas, nada equivocadas, y sin duda imprudentes, de tu exaltado amor á tu Rey, y de tu alto desprecio al intruso, cuando en 8 de Julio de 1808 paseó este tus calles y se aposentó en tu recinto; muestras tales que obligaron al sufrido José á manifestar á uno de los alcaides la sorpresa que le habian causado, pudiste pensar que al cabo de 5 años de opresion, variaciones y penas, serías destruida por aquellas mismas manos que esperabas rompiesen tus cadenas? Cuan pesadas hayan sido estas no hay que ponderarlas: cuando con aquellas primeras demostraciones disto á los franceses pretextos para agravarlas mas y mas, y cuando con tu constante adhesión á la justísima causa nacional, manifestada apesar de las bayonetas que te oprimian, ocasionaste que fuesen castigados con contribuciones extraordinarias, con prisiones y deportaciones á Francia muchos de tus vecinos Si el intruso apoyado de todo el poder de su orgulloso hermano, fué para

ti un objeto de mofa y vilipendio, podrán esperar mas miramientos los satélites subalternos de la tiranía. Cuan confusos han dejado á los oficiales franceses, cuando al cabo de cinco años de estancia no han logrado introducirse en ninguna sociedad ó casa decente española. ¡Y cuanto no subiría de punto su admiracion y sorpresa al ver que aquellas mismas gentes que con tanto orden les trataban volaron al socorro de los prisioneros ingleses y portugueses cogidos el 25 de Julio, hermanándose todos sus vecinos á porfia, sin exceptuar las señoritas más delicadas, en llevar por sí mismas al hospital camisas, hilas y cuanto podia conducir al alivio de los heridos de ambas naciones. ¿Y no era necesario un patriotismo el más decidido y aun heroico para manifestar tanto afecto á los aliados al propio tiempo que se burlaban con peligro inminente de las vidas las órdenes francesas, negándose absolutamente sus habitantes á los trabajos del sitio, y habiendo sido obligados los prisioneros ingleses y portugueses á emplearse en ellos por dicha causa? ¿Y podías esperar que el premio de tan acrisolada fidelidad sería tu destruccion? Pero ni esta ha bastado para entibiarse en lo mínimo tu entusiasmo; entre estas humeantes ruinas, sobre estos funestos escombros has proclamado con júbilo, has jurado con ansia la inestimable Constitucion política de la Monarquía Española, concurrendo tus más principales vecinos, dispersos en varios pueblos, á tan solemnes actos. Espectáculo único en el mundo, que suspendiendo el curso de las lágrimas amargas que arrancaba la vista de tantos lastimosos objetos, daba lugar en aquellos patrióticos corazones á impresiones mas alhalagüeñas haciendo formar en un oscuro porvenir esperanzas que sirven de lenitivo á sus males. Los ciudadanos se unen mas íntimamente á la gran masa nacional, y se felicitan de haber salido de la opresion enemiga, aunque sea de una manera tan dolorosa. Ellos en su primera representacion al Lord Du-

que de Ciudad Rodrigo han dicho estas memorables palabras:

«Si nuevos sacrificios fuesen posibles y necesarios no se vacilaria un momento en resignarse á ellos. Finalmente, si la combinación de las operaciones militares y la seguridad del territorio español existiese que renunciásemos algun tiempo, ó para siempre, á la dulce esperanza de ver reedificada y restablecida nuestra Ciudad, nuestra conformidad sería unánime, mayormente si como es justo nuestras pérdidas fuesen soportadas á prorrata entre todos nuestros compatriotas de la Península y Ultramar.»

Inclita nacion española, á la que nos gloriamos de pertenecer, hé aqui cuáles han sido siempre y cuáles son ahora nuestros sentimientos; y hé aqui tambien una relacion fiel de todas las ocurrencias de nuestra desgraciada Ciudad. Cuanas atenciones van estampadas son conformes á la más exacta verdad, y de ellas respondemos con nuestras cabezas todos los vecinos de San Sebastian que abajo firmamos.—Enero 16 de 1814.—Pedro Gregorio de Iurbe, alcalde, é individuos Regidores, Vicario, Prior del Cabildo Eclesiástico, Beneficiados, Priors y Cabildo Eclesiástico de las Iglesias Parroquiales de San Sebastian, Cónsules, Síndicos y todo el Consulado, los Presbiteros, firmado por 6143 individuos del Comercio,

La noticia de la mediacion de los Estados-Unidos en el conflicto entre Chile y Perú ha sido confirmada.

El buque peruano «El Huascar» ha vuelto de nuevo á atacar los puertos chilenos.

Un dia de estos debe llegar á Arcachon la gran duquesa Catalina de Rusia.

Despachos de Yokohama dicen el Vega despues de explorar la costa septentrional

quimeras.

—No me convence Vd. amigo Argala. El ser tonto no es ser feliz por más que Vd. diga—dijo D. Manuel.

—Porque no quiere Vd. convencerse.

—No me convengo seguramente, y recurro á D. Domingo que es el que puede darnos un dictámen inapelable.

—Lo daré con muchísimo disgusto—dijo Chómin con una esquisita amabilidad.

—¿Es Vd. feliz? —le preguntó Vargas, palideciendo á pesar suyo.

—Felicitísimo, felicísimo—contestó Chómin soltando una estrepitosa carcajada.

—Señor doctor—dijo D. Manuel—Me doy por convencido. Tiene Vd. razon. La felicidad...

No pudo concluir, porque en el mismo instante, Chómin cogió una botella; alzó el brazo y la lanzó á la cabeza de D. Manuel, que tuvo que agacharse para evitar el golpe.

Levantáronse todos los circunstantes, ménos Chómin que continuó, comiendo tranquilamente.

Las dos ó tres señoras huyeron del comedor.

Reinó su silencio de algunos segundos interrumpido al fin por Eugenio.

—Primo, le dijo á Chómin—Venga esa mano.

Te has portado.

—Falta saber si es capaz de arrastrar las consecuencias de su salvajada,—dijo D. Manuel.

—Señor mio contestó Eugenio—lo hecho hecho está, y bien hecho con cien mil demonios.

Que vengan las consecuencias como quieran y cuando quieran.

—Eugenio, dijo Chómin. He tenido el sentimiento de no haber estrellado la botella en las narices de ese hombre. Una palabra más que salga de sus labios, respetuosa ó insultante, de cualquier clase que sea, y juro por mi nombre que no le ha de suceder lo mismo á esta otra botella.

Y Chómin señaló otra que se hallaba al alcance de su mano.

Don Manuel se levantó y salió.